

AMAD A LOS ENEMIGOS, HACED EL BIEN

Domingo VII T. Ordinario. Ciclo C

Is 26, 2-23; Sal 102, 1-13; 1 Co 15, 45-49; Lc 6, 27-38

Jesucristo nos exhorta este domingo a una de las exigencias más propias del cristianismo. Tras las Bienaventuranzas, hoy nos insta a más: "Yo os digo: "Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian". Porque, amar al que ya nos ama, no tiene mérito alguno, eso también lo hacen los pecadores. Jesús pide, en el Mandamiento Nuevo, el amor entre nosotros, y más aún, a los enemigos, que significa la extensión universal del amor, de la paz y la justicia. Por eso, dice Isaías: "Recta es la senda del justo, el recto camino del justo tú allanas" (Is 26, 7), porque el camino de virtud que propone Jesucristo no es nunca por lo fácil. El cristiano ha de ir por la senda de la rectitud, de la entrega en el retorcimiento de sí mismo, para implantar las exigencias justas. Exhorta a doblarse por un camino difícil, pero no imposible, pues, Dios allana las dificultades, "venid a mí los que estéis cansados, que yo os aliviare". El Salmo 102 revela el rostro de un Dios que lleno de ternura por sus fieles, actúa como un padre tierno con sus hijos.

El egoísmo humano tan acendrado impide emprender esta vía de desprendimiento. Muchas circunstancias de la vida nos impulsan a los sentimientos de ira. Queremos y tendemos a responder con la violencia a las injusticias, a la opresión, la rapiña, la agresión, la pobreza; al ser agredidos y pisoteados en nuestros derechos, nos arrastra el impulso a la fuerza y a la imposición; pero, "la ira del hombre no produce la justicia que Dios quiere" (St. 1,20). La comunión de amor y de vida con Jesús lleva a despojarse del yo y del mundo exterior, a extirpar el amor propio, la soberbia, la venganza, el resentimiento, presentes en innumerables justificaciones objetivas o subjetivas, pero que han hecho daño y hay que reprimir.

Jesucristo, avanzando una doctrina totalmente inaudita, preceptúa expresamente amar a los enemigos, en un ambiente popular avezado a proferir maldiciones contra sus opresores y hostigadores (cf. los *Himnos* de Qumrán). En ello, se recoge la Nueva Ley del Reino de los cielos (Mt 5,21-48). Al exigir el amor a los enemigos, Jesús se enfrenta con la praxis dominante y expresa la forma de obrar del Padre Celestial, *que hace brillar el sol sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos y pecadores*; que no excluye a nadie y llena y abraza a todos con su amor (Lc 6,27-35). El Maestro de Nazaret soporta las afrentas, no devuelve nunca los insultos recibidos, no amenaza a nadie en su pasión (1 Pe 2,21ss), y, desde la cruz, suplica al Padre por sus verdugos e implora para ellos el perdón (Lc 23,34). El primer mártir cristiano, el diácono Esteban, a imitación del Señor, ruega por los que lo lapidan y asesinan (He 7,59s).

Es una de las enseñanzas más novedosas y revolucionarias del Evangelio, por la motivación que da al alcance del amor cristiano. El amor que Jesús viene a enseñar es inmenso, insondable. Es un amor de entrega total: "El que ama su vida la perderá" (Jn 12,25). El amor al prójimo llega hasta amar a "vuestros enemigos" y amar a todos los hombres, con verdadera amplitud; perdonar las ofensas y orar por los atacantes. Amor sin límite ni fronteras, expresión del amor de Dios que es universal; la bondad infinita es esencial a Dios, que se desborda sobre todos, buenos y malos. El cristiano tiene que imitar y manifestar, con su conducta, el amor indistinto y universal de Dios, norma de toda perfección. El discípulo debe amar como ama el Padre del cielo. Este será su signo distintivo y el título de filiación de hijos de Dios. Sólo el amor y la no-violencia vencen al opresor. Amor sin medida, incondicional a todos y respetuoso con los demás; si este amor manase del corazón de los cristianos, como un río que se desborda a diario, en el común de nuestro

vivir, transformaríamos este frío mundo. Tenía que ser nuestro distintivo habitual, ¡"mirad cómo se aman"! la señal corriente del cristiano. Para Cristo, el modelo de conducta es el Padre, con su amor infinitamente generoso y compasivo: *Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre Celestial* (Mt 5,43-48). "*Amad al extranjero, porque extranjeros fuisteis*" (Dt 10,19).

Camilo Valverde Mudarra